

mero en entrevistarse con Hubert y por qué Odette, asustada de no verle volver, marchó a reunirse con él?

—Y ¿qué me importa todo eso?—replicó Juan alucinado—. Lo cierto es que Hubert ha dado el golpe... ¡Ah! Voy a verle, a hacerle trizas... Te lo juro...

Rouletabille quiso detenerle:

—Juan, no es Hubert el que ha dado el golpe.

—Rouletabille, tú no eres amigo mío.

Y se desprendió de las manos del repórter y echó a correr como un loco en busca de los magistrados, que estaban ya llegando.

CAPÍTULO VIII

EN EL CUAL APARECE DE NUEVO EL SIGNO FATAL

EL repórter fué en busca de Estefanía, la llevó al cuarto de Odette y le dijo:

—La señorita de Lavardens recibió ayer una carta del señor Hubert y tú la trajiste.

—Juro que no he entregado carta alguna a la señorita Odette.

—No te digo que se la entregaste; digo que la trajiste.

—Yo no traje nada, no traje nada.

Y se retorcía las manos con desesperación no fingida, provocada sin duda por el remordimiento del embuste. Rouletabille no se equivocaba. Se decidió a utilizar un golpe de gran efecto: le hizo ver desde la ventana a los magistrados, que empezaban las diligencias:

—Mira—le dijo—. He ahí los jueces que vienen a detener al señor Hubert, porque se le acusa del rapto de Odette y del *asesinato del señor de Lavardens*.

Estefanía se irguió galvanizada:

—¡El señor de Lavardens, asesinado!—y se tambaleó. Rouletabille la sostuvo y evitó que se desplomara.

—¡Sí, asesinado! ¡Y mal lo han de pasar los que no digan toda la verdad!

—Pues bien, voy a decírsela, voy a decírsela—susurró con voz ronca la desdichada—; no debí, no, tomar dinero del señor Hubert... de haber sabido... ¡Ah, Dios mío, si lo hubiera sabido...!

—¿Por qué te daba dinero?

—Por decirle lo que hacía la señorita Odette... Si recibía cartas del señorito Juan... y hasta de usted, señor Rouletabille... en fin, todo... Fué un error... ¡Dios mío! Si hubiera sabido... A la postre no tuve más remedio que obedecerle... Ayer iba yo por la vereda, cuando él saltó el muro y me entregó una carta para la señorita Odette; yo no la admitía, pero me dijo: «No tienes más que dejar esta carta en su cuarto... no podrá averiguar quién la ha dejado allí», y me dió de nuevo dinero... En fin, hice lo que quería y dejé la carta ahí, en ese bargueño.

La desgraciada pasó un instante ahogada por los sollozos.

—Vamos... vamos...—remachó Rouletabille—. ¿Qué ocurrió después?

—Después me preguntó qué ocurriría cuando la señorita leyese la carta... ¡Dios mío! La vió por la noche al entrar en su cuarto... Yo la espí encaramada en la escalera... Leída la carta, fué al cuarto de su padre para ha-

blarle... (—¡Cáspita!—masculló Rouletabille.) Yo esperé a que me llamasen... Estaba muerta de miedo... Pero instantes después volvió la señorita a su cuarto y... ya no vi más... Entonces subí a acostarme... pero no he pegado los ojos esta noche...

—¿Qué hora sería?

—Las nueve y media, poco más o menos.

—Y puesto que no dormías, ¿no has oído nada esta noche?

—Sí—confesó—. Estaba estremecida... Oí un grito y me pareció reconocer la voz de la señorita...

—¿Y entonces...?

—Entonces... hundi mi cabeza bajo la almohada... Luego supuse que había soñado. No podía creer que la señorita saliera de su cuarto... no. Así también si esta mañana andaba azorada, se debió a que era ya tarde y la señorita no me llamaba pidiendo el desayuno... Bajé a verla, porque me angustiaba el temor por el grito de la noche... ¡Ah! Cuando vi la bufanda se heló la sangre en mis venas y bajé a la cocina. Pero mis piernas flaquearon; carecían de fuerza para volver a subir... En fin... me tranquilicé; les he visto y comprendido que todo iba a descubrirse... ¡Ah! ¡Cuando vi el cuarto vacío! ¿Cómo tuve valor para salir y para mentirle? ¡Pero era preciso! ¿No? Quería informar en secreto al señor de Lavardens.

—El señor de Lavardens ha sido asesinado a consecuencia de esta carta—exclamó Rouletabille con acento

muy lúgubre—. Y no digamos que a estas horas habrá probablemente muerto también la señorita Odette...

—*Moun Dieu, tu me fai mourí.*

—La mayor culpable de estos dos crímenes eres tú. Acuérdate, Estefanía, *que di grand crime lou sang seco pa* (La sangre de los grandes crímenes no se seca).

Estefanía le observó con hosca mirada y le preguntó resoplando:

—¿Se me va a encarcelar?

—No —repuso Rouletabille—, si continúas diciéndome siempre la verdad, sobre todo lo que te pregunte, porque no has acabado de decir la verdad...

—Pero, a los señores jueces—hipeó la infeliz—, a los señores jueces, ¿qué he de decirles?

—¡Ah! A los señores jueces no dirás palabra, porque ten por seguro que te meten en la cárcel, no lo dudes... Pero a mí, Estefanía, a mí, que no te llevaré a la cárcel si me dices la verdad, has de decírmela, vas a decírmela...

Y se inclinó hacia ella quemándola con la mirada:

—Has de decirme de dónde procede esta alhaja.

Al mismo tiempo blandía y agitaba ante sus ojos una rara joya que en las pesquisas halló en el cajoncito entreabierto de un bargueño, echada allí entre cintajos y bolsitas. Su atención, siempre en acecho, aun cuando al parecer se daba enteramente a un interrogatorio tan minucioso como el que se hacía sufrir a aquella camarera, quedó prendida en la romántica extravagancia de un ferroñé oriental que representaba el signo fatal de los Ro-

manés, la media luna y la cruz en forma de puñal, que él viera una tarde en cierto anillo de esclava.

—Sí, ¿de dónde procede?—repitió, blandiendo el collar hallado en el cuarto de Odette, que venía a corroborar todas sus sospechas y confirmaba tan bien sus pesquisas, que ya podía decir con plena seguridad: «Calixta ha pasado por aquí...»

—Es un regalo hecho a la señorita Odette—respondió Estefanía.

—¿Y quién ha hecho este regalo a la señorita Odette?

—*El señor Hubert...*

Rouletabille se sobresaltó. No pudo disimular el azoramiento que le produjo esta respuesta.

Con esta fecha hallamos las siguientes líneas en su cuaderno de notas:

«Estefanía no me ha mentado... No puede mentirme... Pero su respuesta referente a Hubert ha echado por el suelo toda mi obra... No comprendo nada... a no ser que... Pero en ese caso, ¿dónde vamos a parar? ¡Ojo con El Pulpo!»